

Un amigo de pie (*Ariel Crivelli*)

Toda una vida compartiendo momentos de ansiedad con muchísima gente de distintos ámbitos que se acercaron desde siempre y aún lo hacen en gran cantidad. Niños que he visto convertirse en hombres, hombres a los que luego vi envejecer y gente que ocasionalmente ha quedado en mi memoria por momentos que vivieron ante mi presencia.

Cuántas son las que, abrazadas a mí, lloraron desengaños, jurándose a sí mismas no volver a enamorarse, destrozadas luego de otro golpe al corazón. Cuántas otras se acercaron a confesarme sus amores, a expresarme eso que no podían gritar al mundo, en medio de la soledad, refugiadas en la discreción de la noche porteña.

Cuántos se habrán sostenido de mí ante el mareo tras otro exceso de brindis y esforzados, luchando con su cuerpo para mantener el equilibrio, encontraron en un anhelado vómito el alivio que les permitía dejar, aunque mas no fuese por un instante, de depender de mí para sostenerse con firmeza.

A veces se juntan varios a mi alrededor, ya sea porque es gente que va llegando o, en otros casos, de personas que vienen en grupo a buscarme a mi esquina. La cuestión es que durante casi todo el día rodearme de multitudes es moneda corriente y, aunque a veces pueda parecer monótono, siempre surgen situaciones que dan color a variadas presencias.

Principalmente por las noches es cuando podemos lograr una privacidad única, especial. Estoy en un ámbito privilegiado que suele regalarme las anécdotas más succulentas, que me permiten ver las reacciones inesperadas de la gente y nos posibilita compartir esos momentos extensos que consumimos matando la espera.

Es así como en distintas ocasiones, ocultas en esa oscura profundidad, varias jóvenes aferradas a mí, desinhibidas, en plena soledad, han practicado bailes sexuales mientras frotaban sensualmente los recovecos más íntimos de sus cuerpos, haciéndolos recorrer todo mi ser. No hace mucho fue un puñado de adolescentes las que se acercaron en grupo para practicar esos bailes, turnándose, hasta que, desafortunadas, comenzaron a sumarse al mismo tiempo, dejándome en una celebración digna de la envidia de cualquier mortal.

Inclusive, alguna noche, hace muchos años, una pareja que nunca había visto decidió dar rienda suelta a su desenfreno sexual agarrados de mí e incluyéndome en un inolvidable rito nocturno plagado de erotismo y fogosidad. Luego, con el paso de los años, estas situaciones se fueron repitiendo con algo más de frecuencia, aunque aún siguen siendo extraordinarias y no dejan de sorprenderme.

Unos metros me separan de la iglesia, lo que me constituyó en un confesor de aquellas cosas que la decencia no permite manifestar en lugares sagrados. Encuentran ante mi presencia una intimidad aún superior a aquella que les puede ofrecer el ocasional confesor que esté por esas horas dispuesto a recibir a los mayores creyentes y a los no tanto.

Así muchísimos me compartieron sus mentiras, sus engaños, sus anhelos, sus fantasías y sus historias. Las más comunes, las más perversas, las más nobles y las más condenables. Todos matan el tiempo, todos disimulan la espera recostados ante mi presencia.

Un centenar de personas descargaron su ira por alguna frustración pateándome, golpeándome con sus puños hasta inclusive llegar a lastimarse ellas mismas. Es que el caminar pensando alivia el dolor, apaga el enojo; pero al detenerse frente a mí, esa bronca se acumula hasta liberarse como un grito desesperado que busca la libertad.

También me tocó estar en muchos robos, unos violentos, otros no tanto, y algunos arrebatos de gente que, distraída, se acercaba a mí aguardando por aquello

que en esa ocasión no llegaría a tiempo para evitar su desgracia.

Miles de hinchas han venido a cantar conmigo canciones de fútbol de los más diversos equipos del país. A veces en grupo, a veces solos; todos juntándose para expresar junto a mí la pasión por el club de sus amores. Otros más fanáticos del juego que de la tribuna, suelen acercarse para gambetearme o patearme penales, aunque más no sea con una tapita, una piedra o una botellita plástica. Así he visto reivindicarse a goleadores frustrados, marcando varios goles en solo unos minutos.

Hoy, en esta nohcecita solitaria de mi esquina en Pompeya, se acerca una joven que, como cada jueves, viene pasada la medianoche con su pantalón gris, su camisa celeste y su melena colorada.

La dejan unos amigos que desde un auto verde a medio metro de mí la acompañan en la espera mientras hablan del subte como propio, de un sindicato que los representa, de una radio que disfrutan y de una lucha que, aunque de tan difícil parece imposible, nunca piensan abandonar. Desde este lugar se los ve preocupados, con el cansancio de llevar una carga que parece exceder por mucho el ancho de sus hombros, pero ni flexionan sus rodillas. El auto no se aleja hasta asegurarse de que la chica me dejó hasta el próximo jueves, como si temieran dejarla sola conmigo, como si mi presencia no fuera suficiente para acompañarla.

Lamentablemente la gente de ese auto no me respeta, me ofenden, parecen no saber que esta es mi esquina. Que en este lugar arrabalero, acompañado por esa luna que inspirara al propio Homero Manzi, yo solo ayudé a cientos de miles de mujeres al sostener su espera. Ellos desconocen que en mi tercer riel fui impulsado a las historias más maravillosas que siempre me depositan en ese mismo momento mágico. Ese momento, que, a pesar de haberlo vivido millones de veces sigue generando en mí esa ansiedad, ese nerviosismo y esa satisfacción de la primera vez.

Nuevamente el 115 se acerca y yo, su fiel parada, me dispongo a entregarle otra vez sus pasajeros, luego de haberles quitado algo de sus vidas para incluirlos en mi anecdotario. Suben la escalera, el colectivo arranca, se acaba una nueva función, y entonces me dispongo a recibir más gente con la satisfacción de haber cumplido una vez más mi objetivo.

nota del autor: Este cuento fue escrito con anterioridad a la lamentable llegada del Metrobús a Pompeya. En su voz se expresa lo que representan, para cada uno de los que solemos movernos en colectivo, las paradas de la ciudad de Buenos Aires. Hoy posiblemente se encuentre al margen, viendo cómo todos los flashes se dirigen al Metrobús. Sufriendo al ver cómo su amigo, el colectivo, fue forzado a dejar de visitarlo, mientras su gente debe caminar largas cuadras para encontrar una de esas nuevas paradas que por grandes parecen insensibles y no generan nada en el corazón de las almas sensibles que durante tantos años han encontrado en este poste su sostén, su consuelo, su refugio y su compañía velando por la llegada de otro 115.